

## INTRODUCCIÓN

Saber si lo que hago es aprovechable no dependerá de que se me haya preguntado por mi identidad.

Michel Foucault.

1. En su último curso en el *Collège de France*, Foucault (2010) aborda la práctica cínica de la filosofía, identificándola con la figura del filósofo que lucha por un mundo-otro a través de la autoconstitución de una vida-otra. En la «Situación del curso» Frédéric Gros señala que «su muerte en junio del mismo año ilumina este curso con una luz un tanto particular, y suscita la tentación evidente de leer en él algo así como un testamento filosófico» (2010: 351). No es nuestro objetivo demostrar que el cinismo constituye el testamento filosófico de Foucault, ni la clave última para una comprensión adecuada de su obra. Tampoco se tratará en las siguientes páginas de encontrar el rostro verdadero y último de Foucault, oculto tras los mil rostros a los que se refiere Roger-Paul Droit (2006: 32-34). Antes bien, se presentará una figura en la que se delinea un semblante, entre otros tantos posibles, que abre un recorrido posible por su obra: el de su pensamiento político y geo-político. Un camino que permite comprender aquello que también señala Gros: «Foucault no es filósofo y militante, erudito y rebelde. Es historiador porque es militante, rebelde puesto que es erudito» (2014: 10).

Para Foucault el cinismo es una práctica de combate espiritual –contra los propios hábitos– y político –contra las convenciones sociales–. El cínico es un «filósofo en guerra» (2010: 311) que distingue amigos de enemigos, peligros y oportunidades de ataque y, dado que su vida misma es dramatización y escándalo de la verdad, abre un escenario de combate en torno de su *parrhesía* (decir veraz). El cínico es un parrhesiasta combativo

que realiza una misión de *katáskopos*<sup>1</sup>. En síntesis, para Foucault el filósofo cínico es aquel cuya exploración es condición de una *parrhesía* que abre un escenario de combate. En efecto, la misión de explorador y la misión de combate constituyen los dos aspectos del cinismo entendido como una filosofía en guerra, o mejor aún, como una práctica espiritual ético-política librada en la guerra filosófica.

2. En una entrevista del año 1975, luego de responder negativamente a las preguntas acerca de si se lo puede considerar un historiador o un filósofo, Foucault se define a sí mismo y a su trabajo de la siguiente manera:

Soy un artificiero. Fabrico algo que sirve, en definitiva, para un cerco, una guerra o una destrucción. No estoy a favor de la destrucción, sino de que se pueda seguir adelante y avanzar, de que los muros se puedan derribar.

Un artificiero es en primer lugar un geólogo, alguien que mira con atención los estratos del terreno, los pliegues y las fallas. Se preguntará: ¿qué resultará fácil de excavar? ¿Qué se resistirá? Observa cómo se levantaron las fortalezas, escruta los relieves que se pueden utilizar para ocultarse o para lanzar un asalto.

Una vez todo bien localizado, queda lo experimental, el tanteo. Envía exploradores y sitúa vigías. Pide la redacción de informes. Define de inmediato la táctica que hay que emplear. ¿La zapa?, ¿el cerco?, ¿el asalto directo?, ¿o sembrar minas? El método, al fin y al cabo es la estrategia (Foucault, 2006b: 73-74).

El rostro de Foucault como artificiero y geólogo o como armero y cartógrafo (cf. 2001a: 152:1593<sup>2</sup>), es decir, como pensador militante, cuyo mé-

---

<sup>1</sup> Este concepto perteneciente al vocabulario militar es el utilizado por Epicteto para explicar la función social del cínico como espía y explorador. Foucault, a su vez, retomándolo, afirma que «la función del cínico [será señalar] dónde están los ejércitos enemigos y dónde los puntos de apoyo o las ayudas que podamos encontrar, con los que podamos toparnos y beneficiarnos en nuestra lucha» (2010: 179).

<sup>2</sup> Cabe señalar que en una entrevista recogida en *Dits et écrits I*, también de 1975 y cuyo título es *Sur la sellette* (2001a: 152: 1593), este mismo vínculo entre artificiero y geólogo es establecido entre armero (*armurier*) y cartógrafo (*cartographe*). Este último concepto ha sido utilizado por Deleuze para caracterizar al segundo Foucault como «un nuevo cartógrafo» (Deleuze, 2003: 71). Las citas de los *Dits et écrits I* y *II* indicarán no solo el año de la edición (2001a y 2001b, respectivamente) seguido por las páginas de la referencia sino también, entre ambas, el número que le ha sido asignado a cada texto en la edición de *Gallimard*. En este caso se trataría del texto n° 152, página 1593 de la edición de *Gallimard*: 2001a.

todo es estratégico y cuyo discurso es concebido como un arma<sup>3</sup>, permite comprender el sentido en que la interpretación foucaultiana del cinismo es también una relectura de su propia práctica filosófica, particularmente la correspondiente a la década del '70. Es evidente la correspondencia entre la tarea de cartógrafo y artificiero y la misión exploratoria y bélica de la filosofía cínica. Explorar el terreno, cartografiar las relaciones de poder que lo constituyen para sembrar minas cuya detonación abra un escenario de combate, produce con ese mismo gesto a los libros, los cursos y los dichos y escritos como cajas de herramientas y como paquetes de explosivos a ser utilizados en y para un combate.

3. Entre los muchos y diversos debates que ha suscitado entre sus intérpretes la publicación de los cursos *Seguridad, territorio, población* (2006a) y *Nacimiento de la biopolítica* (2007), dos cuestiones, íntimamente vinculadas entre sí, son omnipresentes: por una parte, la relación entre la comprensión del concepto de poder en términos de guerra (usualmente caracterizado como la «hipótesis Nietzsche») y aquella que lo define a partir de la categoría de gubernamentalidad; por la otra, la caracterización y fundamentación de la resistencia y del sujeto de la misma tal como se puede determinar a partir del estudio de la obra de Foucault y de la continua metamorfosis de sus conceptos.

Respecto de la primera cuestión, hay quienes señalan el abandono de la hipótesis Nietzsche y su reemplazo por el concepto de gubernamentalidad (Revel, 2008a y 2008b; Lemke, 2006; Castro, 2011; Castro-Gómez, 2012), mientras que otros se refieren en general a un cierto desplazamiento teórico llevado a cabo por Foucault para pensar las relaciones de poder (Venn, 2009; Noretto, 2014). Sin embargo, lo cierto es que Foucault continúa utilizando hasta sus últimas intervenciones –en que la gubernamentalidad ocupa el lugar fundamental– un lenguaje bélico-estratégico deudor de la hipótesis Nietzsche.

En cuanto a la segunda de las cuestiones, dos son los modos preeminentes en que se ha indagado respecto del sujeto foucaultiano de la resistencia a la gubernamentalidad biopolítica liberal. El primer enfoque se propone buscar en el llamado «tercer Foucault» el modo de resistencia frente al poder tal como fue caracterizado por el denominado «segundo Foucault» (Deleuze, 2003; Rabinow, 2009; Gros, 2007, entre otros). Es por ello que se ha pretendido encontrar en los modos de subjetivación ética –tal como

---

<sup>3</sup> Afirma Foucault en esa entrevista: «considero mis libros como minas, paquetes de explosivos... ¡Esto es lo que quiero que sean!» (2006b: 83)

es comprendida a partir del estudio de la filosofía grecorromana— un modo de resistencia a la gubernamentalidad biopolítica. La segunda manera de abordar la cuestión se centra en el concepto de ‘multitud’, que se opone, a partir de una lectura crítica del modelo contractualista hobbesiano, al de pueblo soberano (Hardt y Negri, 2003, 2009; Virno, 2003, 2006).

Este libro se encuadra en el horizonte abierto por el debate de estas dos cuestiones aunque no pretende abordarlas por sí mismas. No obstante, la toma de posición respecto de la primera de ellas —i.e. de la hipótesis Nietzsche— es la condición metodológica que permite establecer el marco general para la comprensión de la cartografía del poder delineada por Michel Foucault en sus cursos. Por este motivo, será abordada en el capítulo introductorio. Asimismo, si bien un debate exhaustivo de la segunda cuestión excede por mucho los límites y posibilidades de este trabajo, es nuestra convicción que una rigurosa reconstrucción de la cartografía del poder trazada por el profesor del *Collège de France* puede dar la clave y el marco general para indagar en el sistema de pensamiento foucaultiano el rol y el significado que tienen la resistencia política y el sujeto de la misma. Es por esto que hacia el final de nuestra argumentación esbozaremos las líneas de indagación que apuntan a la constitución de un pueblo como sujeto de la resistencia.

4. El punto de partida del diagnóstico foucaultiano consiste en asumir una perspectiva analítica orientada a comprender procesos: de criminalización, de sexualización, de psiquiatrización y medicalización, etc. En lo que refiere al diagnóstico político, más importante que la denuncia trillada del proceso de estatización, resulta la comprensión del proceso de gubernamentalización del Estado. En verdad, para ser exactos, para Foucault el proceso de estatización (de la sociedad) no es más que el momento inicial de un proceso más amplio de gubernamentalización del Estado y las relaciones sociales.

La progresiva gubernamentalización del Estado, es decir, la constitución del triángulo seguridad-economía política-población, indagada a la luz de la relación disimétrica establecida entre Europa y el resto del mundo, es la clave para comprender la racionalidad de gobierno liberal en términos de dominación, explotación y sujeción-subjetivación. La guerra y la dominación constituyen el telón de fondo y el complemento insoslayable para el estudio de dicho proceso de gubernamentalización, de explotación y subordinación y de transformación del pueblo —*qua* sujeto jurídico-político— en población económico-biológica.

Solo una vez expuesto el nexo lógico-estratégico e histórico que establece Foucault entre los conceptos que dan forma a la cartografía del poder

occidental, se podrá delinear el territorio que circunscribe las prácticas de una posible resistencia política. En efecto, la reconstrucción cartográfica de su pensamiento político posibilita una comprensión kataskópica del terreno –como campo de batalla sobre el que se despliega la gubernamentalización del Estado– y geológica –en relación con sus estratos y sus pliegues, con sus fortalezas y las posibilidades para la resistencia– que constituye la condición de posibilidad y el punto de partida para una investigación acerca de la concepción foucaultiana del sujeto de la resistencia política y de las tácticas y estrategias en las que se inscribiría su acción.

5. El recorrido argumental de las páginas que siguen se orienta a mostrar el modo en que el neoliberalismo se constituye, de acuerdo con la cartografía histórica foucaultiana, en un arte de gobernar que tiende –aun fundándose en la producción y consumo de libertades– a constituirse en una situación de dominación sin resto aparente, i.e., en un estado de dominación, puesto que implica un modo de ejercicio ilimitado del poder en todas las direcciones que adopta su orientación: una expansión ilimitada hacia el exterior del Estado y de la región geopolítica dominante y una gubernamentalidad máxima hacia el interior a través de una tecnología ambiental y de subjetivación capaz de abarcar la totalidad de las conductas humanas *como si* fueran conductas de empresarios de sí. Ahora bien, y es nuestra hipótesis, si la gubernamentalidad neoliberal –entendida como el resultado del proceso moderno de gubernamentalización del Estado iniciado hacia fines del siglo XVI– constituye una racionalidad gubernamental orientada programáticamente por objetivos ilimitados que tienden a una cristalización tal de las relaciones de poder que se configura como una situación de dominación, frente a ella solo cabría oponer una forma de resistencia que adoptara la forma práctica de la liberación. Esta hipótesis de lectura nos pone ante una serie de preguntas insoslayables: ¿qué significa dominación y liberación cuando en el centro del diagnóstico ya no está el Estado, sino la gubernamentalización del Estado? ¿Qué entender por rebelarse o sublevarse en el contexto de un pensamiento político y geopolítico como el foucaultiano? ¿Cómo comprender la política misma desde esta perspectiva diagnóstica y cartográfica?

Para comenzar a responder estas cuestiones es preciso comprender que la cartografía foucaultiana no solo implica la articulación de las grillas bélica y gubernamental –cuya relación no debe ser pensada a través de la lógica del reemplazo de la primera por la segunda–, sino también la conjunción de un análisis epocal –atento a los sistemas de dominantes– y uno topológico –orientado a las correlaciones estratégicas entre elementos

heterogéneos—. Pero antes de comenzar a desarrollar esto es preciso aún puntualizar algunos aspectos más que enmarcan nuestra interpretación.

6. Cartografiar mienta la práctica filosófico-política a la que recurre Foucault para describir y delinear, i.e. mapear un espacio, «los estratos de un terreno, sus pliegues y sus fallas» (Foucault, 2006b: 73). En efecto, fue Deleuze (2003: 71) quien lo definió como un «nuevo cartógrafo». No obstante, siguiendo en parte la interpretación de Collier (2009), puede decirse que este nuevo cartógrafo busca simultáneamente dibujar, siguiendo un análisis topológico, el mapa singular de las correlaciones estratégicas entre elementos heterogéneos para vincular los diagramas de poder con los sistemas de dominantes. Asimismo, en cuanto a esta última dimensión hay que subrayar que es inescindible de un análisis epocal o general, con el que retomamos lo que Bidet caracterizó como el «gran relato» de Michel Foucault (2006: 12 y ss.), es decir, como un discurso histórico que hace referencia a las largas duraciones y que, adoptando un enfoque *totalizante*, se dirige al diagnóstico de la cuestión de «la totalidad social, considerada en términos de la ‘racionalidad occidental’» (Bidet, 2006: 13)<sup>4</sup>. El análisis topológico de las correlaciones requiere del estudio histórico de los procesos de conformación de los sistemas de dominantes y ambos de una comprensión cartográfica, i.e. espacial y geopolítica. Estas tres dimensiones constituyen el diagnóstico que Michel Foucault realiza de occidente<sup>5</sup>. Sobre esta cuestión cabe tomarse en serio, entonces, aquello que nuestro filósofo dijo en cierta ocasión: «yo no soy verdaderamente historiador. Y no soy un novelista. Practico una especie de ficción histórica» (2001b: 280: 859). Esta ficción histórica constituye el hilo conductor y el núcleo

---

<sup>4</sup> Cabe recordar aquí el contrapunto que establece Foucault entre la historia global «que apiña todos los fenómenos en torno de un centro único: principio, significación, espíritu, visión del mundo, forma de conjunto» y la historia general que «desplegaría el espacio de la dispersión». En efecto, para Foucault la historia general se da por tarea establecer y explicar la forma de relación que se da entre series heterogéneas. En efecto, se trata de determinar «qué sistema vertical son capaces de formar; cuál es, de unas a otras, el juego de las correlaciones y dominantes; qué efecto pueden tener los desfases, las temporalidades diferentes, las distintas remanencias; en qué conjuntos distintos pueden figurar simultáneamente ciertos elementos; en una palabra, no solo qué series sino qué «serie de series», o en otros términos, qué «cuadros» es posible constituir» (Foucault, 1999e: 16)

<sup>5</sup> Revel afirma que «en el cruce de esta cartografía en el espacio y de esta genealogía en la historia, está la idea, a la vez trivial y difícil de construir políticamente, de que la crítica debe tomar la forma de un diagnóstico» (2011: 65).

mismo de un diagnóstico del presente en el que se anudan una cartografía, con una genealogía y una topología del poder. Esta ficción histórica será a la que aludiremos cuando utilicemos el concepto «gran relato» de Bidet<sup>6</sup>. La reconstrucción de este diagnóstico implica, entonces, la recuperación del modo en que a partir de la mirada del cartógrafo y del olfato del genealogista se teje la trama de una historia ficción que se despliega en la senda que lleva de Nietzsche a Diógenes.

No obstante, cabe destacar que, como Sócrates, Foucault dice heredar –en su caso del padre– el método médico del que se sirve su apuesta filosófica<sup>7</sup>. Diagnosticar es determinar la naturaleza de una enfermedad mediante la observación de sus síntomas. Pero diagnosticar el presente, i.e. decir la actualidad, tiene también una filiación nietzscheana<sup>8</sup>. Para ambos, se tratará de acechar en el corazón del presente la emergencia de las fuerzas que lo agitan, las sublevaciones y los levantamientos que hacen surgir nuevas formas de subjetivación: «esta función de diagnosticador atento a la erupción de una fuerza inédita que en absoluto se pretende controlar es la que se vuelve prioritaria en el curso de los años setenta» (Artières, 2014: 18). Foucault se comporta, observa Artières, como un cirujano para quien la enfermedad aparece como una serie de elementos desplazados que se encadenan formando una geografía que requiere en cada caso del trazo de un «nuevo mapa de la batalla»<sup>9</sup>.

Cartógrafo, creador de ficciones históricas, cirujano y, como veremos al final de este libro, periodista radical. Estos rostros nos hablan del escurridi-

---

<sup>6</sup> Cabe recordar que Foucault describió la relación entre relato y ficción en los siguientes términos: «en toda obra que posee la forma del relato, es necesario distinguir *fábula* y *ficción*. Fábula es lo narrado, el régimen del relato. La fábula está hecha de elementos ubicados en cierto orden. [...] La ficción es la trama de las relaciones establecidas, a través del discurso mismo, entre quien habla y aquello de lo que habla» (2001a: 36: 534).

<sup>7</sup> «Quizás trazo sobre la blancura del papel esos mismos signos agresivos que mi padre trazaba tiempo atrás sobre el cuerpo de aquellos a los que operaba. Yo he transformado el bisturí en portaplumas» (citado por Artières, 2014: 23-24)

<sup>8</sup> De acuerdo con Artières «sus ‘ficciones históricas’ tuvieron [un]a misma intención: diagnosticar las fuerzas que constituyen nuestra actualidad y que aún la agitan» (Artières, 2014: 14).

<sup>9</sup> A partir de esta diagnosis «Foucault dibuja progresivamente el mapa de la situación, un mapa topográfico en el que se señala y analiza cada falla. El diagnóstico en Foucault se construye a partir de algunos puntos que la mirada ha situado y desde los cuales se despliega el mapa de la actualidad» (Artières, 2014: 26).

## *El pensamiento político de Michel Foucault*

zo sujeto Foucault en su dimensión militante. También, podríamos señalar al filósofo escritor de libros, pero también de manuscritos, fichas y borradores y al filósofo orador, el de los diálogos de los *Dits et écrits* o el profesor del *Collège de France* que se lamenta ante la imposibilidad de dialogar con sus alumnos. Nuestro libro ha sido elaborado a partir del anudamiento del registro del militante y el profesor. En efecto, este libro está escrito desde el lugar de «alumno a distancia», es decir, desde la posición de lector de sus cursos. Sin olvidar que, como recuerda Artières, el valor del diagnóstico reside en sí mismo –i.e. no se sostiene en una identidad de autor (2007: 41)–, asumimos que, no obstante, se revela siguiendo la huella de ciertas máscaras. Así, el lector de sus cursos –al igual que quienes no pudiendo ingresar al auditorio se disponían a escucharlo a través de los parlantes que oportunamente se instalaban o como aquellos que buscaban escucharlo en los cassettes de las grabaciones– se debe disponer a escuchar al profesor. Quizás la figura del «lector-auditor» elaborada por Koyré (1966: 29) para leer a Platón sea la más adecuada para describir el tipo de lectura que pondremos aquí, i.e. una más interesada por el «instrumento Foucault» que por el objeto o el sujeto Foucault. En efecto, el de los cursos creemos que debiera ser un lector que busque escuchar qué tienen para decirnos a nosotros de nuestra actualidad aquellas ideas forjadas en el siglo pasado por un pensador que se proponía construir las nuevas armas de la crítica.